



Revista Historia Y MEMORIA

ISSN: 2027-5137

historiaymemoria@uptc.edu.co

Universidad Pedagógica y Tecnológica
de Colombia
Colombia

Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel
Gaitán, el Gaitanismo y la efervescencia política de los años 40
Revista Historia Y MEMORIA, núm. 14, 2017, pp. 355-386
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
Tunja, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=325149932011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Gaitán, *el Gaitanismo* y la efervescencia política de los años 40¹

Carlos Miguel Ortiz Sarmiento²
Universidad Nacional de Colombia

DOI: <http://dx.doi.org/10.19053/20275137.n14.2017.5823>

[Introducción del profesor Javier Guerrero]

La ruta del bicentenario es un programa de extensión de la universidad, que busca preparar a la universidad, al país, y si es necesario a América Latina, para repensar el proceso de lo que llamamos la Revolución continental, que sucedió hace doscientos años, y estamos conmemorando desde hace unas décadas. En la investigación que se adelanta se está replanteando la historia que enseñamos, aprendemos e investigamos; la historia de América Latina está mal contada y mal escrita, tiene una terrible visión eurocentrista, por lo que necesitamos volver a pensar esa historia en clave latinoamericana, es un proceso que se viene haciendo: se ha estudiado a Mignolo, y a las corrientes posmodernas que están inconformes con el enfoque de la historia eurocentrista, de la historia de bronce, y de todas estas historias heroicas que se han hecho de la «historia patria».

Este debate implica resignificar la historia, lo que es muy importante para el país; Hoy, una de las propuestas

1 Este texto es la versión ligeramente corregida de la conferencia dictada el 08 de abril de 2016, bajo la coordinación del Proyecto Ruta del Bicentenario de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, celebrada en el auditorio del Doctorado en Historia UPTC-Tunja.

2 Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín), y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de los Andes. Obtuvo otro título de Magíster en Movimientos Sociales en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, y es Doctor en Sociología de ese mismo centro de altos estudios.

que se hace es pensar los doscientos años desde la fundación de las Repúblicas en términos críticos, con preguntas como: ¿en qué fallo la construcción de nación para que aún estemos desde hace sesenta y ocho años cerrando un conflicto? Sesenta y ocho años es demasiado para un conflicto armado interno, los conflictos armados son procesos relativamente rápidos, en América Latina se han prolongado muchísimo, el caso centroamericano y el caso suramericano, Colombia es un caso único y rarísimo, esto induce a una serie de confusiones, por ejemplo el debate que hay de los post-acuerdos, pero lo que estamos cerrando realmente, en términos técnicos, es un conflicto armado interno –así se llama a las guerras internas de los países– y lo que estamos cerrando no es la posición por ejemplo de Catatumbo, o de quienes defiende la noción de post-acuerdo, es un poco tomar del pelo para decir que no vamos a cerrar el conflicto armado interno, decir que va haber muchos más conflictos sociales que no están resueltos, no quiere decir que continúe el conflicto armado interno, aceptaría que semánticamente habláramos de post-acuerdos, pero Colombia tiene que decidir si renuncia a la violencia o no renuncia. Decir post-acuerdos, quiere decir que no vamos a cerrar el conflicto armado interno y eso no es conveniente para Colombia, consideramos que Colombia tiene que entrar rápidamente en un post-conflicto.

Las dos negociaciones que hay sobre la mesa es una forma muy particular, técnicamente llamada *negociación de cierre del conflicto*, ninguna de las dos mesas pretende una revolución negociada, con excepciones, con el punto agrario con las FARC, que sí se negoció, porque Colombia tiene que reconocer que es el único país que no ha hecho una reforma agraria, y que eso agravó las condiciones de nuestros conflictos; lo otro que se negocia en la mesa es el retiro de los actores armados del uso del narcotráfico como recurso de la guerra y obviamente las condiciones de finalización del conflicto, son los tres grandes puntos que si se negocian, lo cual requiere una justicia transicional y una serie de cosas que son instrumentos para el cierre del conflicto, mas no para hacer reformas a la justicia.

Lo que estamos haciendo es pensar los doscientos años en clave de paz, preocupa sobremanera, –los gobiernos de los presidentes colombianos son de muy discutibles– cualquiera que sea la interpretación que tengamos sobre la situación venezolana, Maduro tiene en las encuestas el 33% al 40% de popularidad, debe ser que la situación no está tan mal y que no la han pintado mala; pero los indicadores económicos de Colombia, que no son malos, son los mejores de Suramérica en este momento según el Financial Times que vive observando a América Latina con lupa; el presidente Santos tiene el 23% al 25% en las encuestas. Tenemos una percepción sesgada de la realidad; la última encuesta, la de Datexco dice que si la votación del referendo por la paz fuera hoy perdería por el 80% contra el 20%, es muy preocupante.

La reflexión que proponemos hoy con el profesor Carlos Miguel Ortiz, es partir de las condiciones que hicieron posible el surgimiento del conflicto armado interno, creo, con preocupación, que el 9 de abril es el comienzo de una oleada de etapas y de ciclos violentos que no han terminado. No obstante, la violencia no empezó el 9 de abril, pero es el estallido de nuestro conflicto armado interno, el 9 de abril es el comienzo de las resistencias armadas, desde ese día, cuando el Capitán de la policía de la estación de La Perseverancia (en Bogotá), se va con cincuenta fusiles a Yacopí y surge la primera guerrilla liberal ese mismo día por la noche, es interesante lo que simboliza eso, es la primera guerrilla de resistencia armada *gaitanista* que va a hacer un grupo fuerte sumado a la violencia del llano.

Hoy estamos en un *déjà vu* peligrosísimo, cuando la resaca de la guerra, de una guerra tan larga y tan degradada, ahora su último producto es un *agrupen*, política hecha desde las bacrim, diciendo que son unas *guerrillas gaitanistas*, primero, que eso puede suceder en países supremamente ignorantes de su historia; la historia del *gaitanismo*, la historia de esa disidencia liberal, de esa fracción del liberalismo, que trató de hacer las cosas distintas a como las hizo el partido liberal oficial, no da para que unos residuos, un producto residual de esta guerra tan larga, adopte la bandera con un oportunismo

en torno al ícono de Gaitán; han utilizado la noción del gaitanismo para consolidar un movimiento en que invitan a marchas con lemas como: «no a la restitución de tierras», es decir, todo al revés. Estamos tratando de que la restitución de tierras sea un instrumento de construcción de paz y post-conflicto y/o post-acuerdo.

Parecía ridícula la campaña del presidente Francisco Santos, sobre la conversación más grande del mundo, pero Colombia necesita hablar de paz. Tenemos una propuesta a los maestros, que nos vinculemos a esa conversación más grande del mundo haciendo diez minutos de charla con los estudiantes sobre la coyuntura y el tema de la paz, porque *los apóstoles de la guerra* nos están ganando, nos están mintiendo, diciendo que lo que se está negociando en Cuba no es la incorporación al capitalismo de las guerrillas de las FARC, sino la incorporación de Colombia al socialismo, y que la justicia transicional es una negociación que se le entrega al terrorismo, tenemos que hacer justicia transicional, las guerras se han terminado con justicia transicional; tendencias políticas aluden a la ‘película’ del *castrochavismo*, además se hace un chiste que Santos sea *castrochavista*, un multimillonario con una fortuna familiar sea *castrochavista*, parece absurdo.

Los que hemos trabajado estos temas queremos conversar con el profesor Carlos Miguel Ortiz —experto en el tema— sobre ¿cómo fue que comenzó el conflicto?, ¿Cuál fue el ambiente político de esa época y por qué ese estallido de violencia tan grande que se presentó el 9 de abril puede tener repercusiones hasta hoy? y ¿qué ha pasado con los procesos de negociación fallidos?

Sin más preámbulos, le damos la palabra al profesor Carlos Miguel Ortiz,

[Intervención de Carlos Miguel Ortiz]

Lo que voy a hacer no es más que comentar algunos hechos o procesos desarrollados entre los años 40 y 50 del siglo anterior, en los cuales jugó un papel importante la individualidad del

político Jorge Eliécer Gaitán, líder liberal de cuya muerte estamos rememorando el sexagésimo octavo aniversario, pero que lo rebasan a él mismo. Comentaré esos procesos a la luz de lo que vivimos y por lo que nos interrogamos muchos de nosotros hoy, mucho más que ver lo de hoy explicado necesariamente por el ayer como tronco de una misma raíz. Y quiero hacerlo como un modesto acto de homenaje a las víctimas de todo este conflicto armado en sus distintas modalidades y etapas, que han sido el centro y la fuente principal de mis últimos trabajos, tanto el que hice sobre la desaparición forzada, como el realizado sobre la violencia contra sindicalistas.

El título que he dado a la exposición es «Gaitán, el *gaitanismo* y la efervescencia de la contienda política de los años 1940» y constará de tres partes: en primer lugar me referiré al fenómeno *gaitanista* en la campaña presidencial de 1945 a 1946 y la campaña que empezó inmediatamente después de 1946 para el Congreso hasta el magnicidio del 9 de abril; en segundo lugar me referiré a las reacciones ante el magnicidio y los procesos de violencia que a raíz de ello se desencadenan: ¿cómo reaccionaron las masas *gaitanistas*?; en tercer lugar me voy a referir a cómo se enfrentó desde el Estado, con recursos propios del Estado o eventualmente por fuera del Estado, la desestabilización del orden público acaecido el 9 de abril, y cómo podría interpretarse esa estrategia desde las inquietudes que nos planteamos hoy, cuando quisiéramos cerrar el ciclo del conflicto armado.

1. *El Gaitanismo entre 1945 y 1948*

En cuanto al hecho político del *gaitanismo*, subrayo que no centro este texto en la figura o en la personalidad de Gaitán, porque él mismo será un producto, una construcción social del proceso. Centrar en él la disertación correría los riesgos de mistificarlo, a favor o en contra, y terminaría respondiendo falsas preguntas, moralistas en últimas: si Gaitán fue coherente o no, si fue influido por Mussolini o no, si fue veraz o farsante, si fue culpable o no de su propio sino y de lo que su fin trágico conllevó para el país entero.

Interesa en cambio, sobre todo, la movilización política y la energía social creciente que alimentó la politización en lapsos bien precisos, en especial el de la campaña de 1945-1946 como disidencia del partido liberal, bajo el nombre de Movimiento Popular del Liberalismo MPL; aunque bien podría incluir también la efímera Unión Nacional Independiente Revolucionaria UNIR que Gaitán fundó en 1933 y disolvió en 1935.

La UNIR de los años 30 y el MPL de los años 40, no obstante plantearse en lenguajes y símbolos alusivos expresamente a *lo social* (intereses, necesidades y reivindicaciones sociales), más allá de lo político y por encima de la división binaria de los partidos de entonces, también anteceden la reinserción de Gaitán a la confrontación partidista secular, en la que lo programático se había combinado siempre con dimensiones socio-afectivas de una adscripción pre-política de sangre, hereditaria, por la cual uno nacía liberal o conservador; en la que se prolongaban las creencias de los mayores y se vengaban tantas muertes de las guerras civiles sucesivas en el horizonte de una confrontación sempiterna amigo-enemigo.

Esto puede ilustrar el flujo del circuito entre lo social y lo político en términos de Daniel Pécaut, flujo permanente, circuito de doble vía, pero con predominio de lo social o de lo político según momentos bien diferenciados cronológicamente.

Ahora bien, ¿por qué en solo un año, para el caso de la campaña de 1945, la politización se reveló, a lo largo y ancho del país a través de la corriente del MPL, más intensa y extensa que cualquier otra campaña de político alguno liberal o conservador? Las cifras están ahí para corroborarlo: aunque las elecciones las gana el conservador Ospina Pérez, debido a que los votos liberales se dividen entre el oficialista Gabriel Turbay y el disidente Gaitán, estos dos juntos sobrepasan nítidamente la votación conservadora, pero no se quedan con el gobierno.

Siguiendo con el rastreo a partir de los resultados electorales, es claro inferir que los votos del MPL se localizaron

principalmente en los núcleos urbanos en expansión, allí fue contundente la victoria de Gaitán sobre Mariano Ospina y sobre Gabriel Turbay. Eso en casi todas las capitales de los departamentos de entonces, pero también en ciudades más pequeñas en crecimiento como Armenia, Calarcá, Pereira, Dosquebradas, Barrancabermeja, Buenaventura, Líbano, Girardot, La Dorada, Tuluá, Palmira, Montería. Y aunque hubieran sido antes de tradición conservadora, encontramos los casos extraños de Medellín y Manizales, en donde también gana Gaitán.

Cabe entonces la hipótesis de que la urbanización del país, en proceso particularmente desde los años 30, con su correlato de la *descampesinización*, están detrás de estos fenómenos políticos.

Pero ¿quiénes son los individuos de carne y hueso que, como producto de los procesos de urbanización, se movilizan para hacerse presentes bajo la forma del MPL en la escena política? Y de qué manera lo hacen?

Ahí encontramos dos poblaciones diferentes pero que el MPL logra articular:

1. De una parte, los sectores subordinados pobres, de trabajadores llamados independientes, o sea no asalariados, de la actividad terciaria de la economía, generalmente informales, ex-campesinos: mensajeros, voceadores de periódico, loteros, lustrabotas, vendedores ambulantes y, aunque sin poder ser contabilizadas en los votos por negárseles todavía el derecho del sufragio, las mujeres trabajadoras domésticas y las llamadas «revendedoras» de las plazas de mercado. Los barrios que albergaban esas poblaciones fueron abrumadoramente *gaitanistas*, como en Bogotá La Perseverancia, Las Cruces, Los Mártires (lo cual pudimos apreciar siguiendo los resultados electorales de la Registraduría).

2. De otra parte, conformando igualmente el MPL hallamos los estratos medios, que no pueden definirse en términos de clase social, por lo menos en el sentido marxista, sino en cuanto a la división del trabajo como personal de escritorio, y dentro de él particularmente, los periodistas de los pueblos o «personal intelectual» y el personal político de los municipios, los empleados del fisco público: mayores en número a medida que en esos años crecían los poblados y se modernizaba la administración pública; y mayores en acceso a la educación formal a través de los establecimientos de educación media que estaban ubicados en los núcleos urbanos, eran todavía privados y a los que ellos, ciudadanos urbanos podían acceder, siendo Gaitán mismo uno de ellos.

Ahora bien, ¿cómo se plantea en el MPL de 1945 lo social que hace movilizar en la escena política el primero y el segundo tipo de población que son muy distintos, o sea los informales y el personal político de estratos medios? ¿Qué hay de común entre ellos y de específico frente a los demás, ese abanico tan heterogéneo de gente de los sectores pobres que coinciden en vivir en los mismos barrios de las ciudades?

No son una clase social; el discurso de Gaitán que se dirige a ellos y que habla por ellos, los caracteriza no como clase social, definida y producida en la relación dialéctica con quienes explotan su fuerza de trabajo, sino como sujetos biológicos disminuidos (con hambre, desnutrición, enfermedades), como sub-consumidores del mercado y de los servicios públicos (o sea sin agua potable, sin poder de compra por el costo de vida, sin acceso a los colegios pagos): sujetos biológicos disminuidos y sub-consumidores que debían ser salvados.

Hay una categoría recurrente en el discurso *gaitanista* que expresa la unidad de todo ese abanico variopinto, y es la categoría «*pueblo*». Desde su origen, en la Revolución Francesa, esa categoría es policlasista, como lo ilustró con el pincel ese bello cuadro del pintor Eugène Delacroix, que tituló «La libertad guiando al pueblo», expuesto hoy en el Museo del Louvre.

Sin embargo, más allá del discurso existen elementos no explícitos, ni siquiera alfabéticos, que son clave para conferir unidad a ese conglomerado heterogéneo, y que resultan más definitivos que las caracterizaciones halladas en el discurso explícito de Gaitán. Están escritos en el cuerpo de los *gaitanistas* y de Gaitán y no son dibujados en grafos: el color de la piel y los rasgos aindiados de la tez, el acento de voz de «rolo» de La Perseverancia o de la plaza de mercado en Bogotá, que no el de «rolo» del Jockey Club. Esos lenguajes crípticos, que el sociólogo no suele ver, pero el antropólogo tal vez tampoco o tal vez sí, son portadores de profundas realidades culturales que, en mi concepto, fueron más importantes en el *gaitanismo* que los contenidos expresos, politológicamente discernibles.

Una necesidad de todos esos hombres y mujeres de hacerse alguna vez visibles, de tener algo que ver con los destinos de este país, su derecho efectivo de ciudadanía, así fueran representados por otros, algún lugar en el espacio político, el fin del «ninguneo», eso era lo más importante que movía a esos sectores y hacía crecer día a día la politización en una gran efervescencia: más importante, mucho más, que las reformas concretas que proponía Gaitán en el Congreso o que prometía para su futura presidencia, aunque dichas reformas se volvieran posibles precisamente por la fuerza de esa creciente politización.

En tal unidad de excluidos que tomó fuerza tan rápidamente como un boomerang, fue importante también un factor de cohesión negativo: el contra al cual Gaitán señala que hay que apuntar, para lo cual utiliza la otra categoría de su antinomia, la de «oligarquía»: “Pueblo, a la carga, contra la oligarquía!”

Pero ¿quiénes son la oligarquía, en el discurso de Gaitán y de los directivos *gaitanistas*? Mi opinión es que, así como es amplio pero elástico el concepto de pueblo, es amplio y elástico el concepto de oligarquía. Está más allá de lo político, en lo social —es claro—, pues la oligarquía es de los dos partidos. Se desplaza de uno a otro sector según el momento, pero siempre juega como el contra que dinamiza la acción y une -en contra

precisamente- a integrantes tan heterogéneos del movimiento. Así:

- a. A veces el término «*oligarquía*» denota a los beneficiarios de las sobreganancias ligadas a la inflación y la especulación campantes en la época y vistas como causantes del empobrecimiento, del infraconsumo y de la degradación del conglomerado opuesto, heterogéneo: del «*pueblo*». Allí la burguesía industrial (en términos marxistas) estaría incluida, pero no sería toda la oligarquía ni forzosamente su cabeza. El discurso de los *gaitanistas* a veces sí la incrimina: los empresarios de Coltejer, Fabricato y Coltabaco, los grandes comerciantes. Esta sería la connotación más próxima al marxismo, y los obreros serían más directamente la contraparte.
- b. Pero a veces «*oligarquía*» denota la injerencia que el conjunto económico anterior tiene en el acontecer político aprovechando las instituciones a favor de sus intereses egoístas: doce familias de Bogotá y Medellín, denunciaba Gaitán en el discurso de Cúcuta el 19 de febrero de 1947, ganaron en un solo año 18 millones de la época, gracias a sus palancas en las Juntas Monetaria, Cambiaria, etc., y entre ellas la familia, muy rica, del Presidente Ospina.
- c. Y a veces «*oligarquía*» denota los políticos que, sin pertenecer a las familias con tradición de poder económico, se enriquecen, a la sombra de aquellas, con el juego de la palabra, la profusión de retórica y el mercadeo electoral. Aquí cabrían muchos políticos del partido opuesto, el conservador, empezando por su cabeza visible Laureano Gómez. Pero es evidente que sus rasgos estarían muy cerca de los de los propios políticos *gaitanistas*, como agentes, unos y otros de esa inflación de la política, del malabarismo de la oratoria, con un rol parecido al de los especuladores en la economía.

Sin embargo, los políticos y los «intelectuales» de distintos rangos, desde los nacionales hasta los pueblerinos, tienen con Gaitán una posibilidad de salirse del grupo de oligarquía parasitaria. ¿Cómo? Si, apoyados en el conglomerado de los sectores subordinados excluidos, desconocen sus vínculos orgánicos con las familias ricas poderosas, la dirigencia económica y política que se ubicaba también en la cúpula de los dos partidos hasta antes de Gaitán, y controlaba el accionar de los políticos. Los organigramas conocidos de los dos partidos se transformarían ahora, en el *gaitanismo*, en una pirámide de lealtades centralizadas finalmente en un caudillo, sin intermediarios: Gaitán. «Yo soy mi pueblo», pero a la vez no lo soy, porque «Yo hablo por mi pueblo», léase: mientras este se silencia (recordemos la Marcha del Silencio, de febrero de 1948: Gaitán transformado en un dios inmanente y a la vez trascendente al pueblo).

En este sentido Gaitán es un híbrido, y su hibridez, precisamente, atrae la adhesión al movimiento: el hombre bajo, de tez aindiada y acento de voz de La Perseverancia, montado en su Buick verde-oscuro último modelo; el indio Gaitán, como le decían unos y otros, de sacoleva bebiendo whisky en el club, son imágenes que entre sus seguidores populares no repudian sino atraen, porque prefiguran el triunfo de los «ninguneados». Porque para ser la promesa y la esperanza, el Mesías, Gaitán tiene que ser el pueblo y no serlo: en lenguaje cristiano, encarnarlo pero trascenderlo.

Aquí aparece el rol del otro sector clave para entender el *gaitanismo*: el de los estratos medios de políticos e «intelectuales» de pueblo o ilustrados o periodistas. A falta de una clase social que ejerza su hegemonía para cohesionar las otras en un bloque, como lo planteara Gramsci, y dado que los sectores populares que adhieren al *gaitanismo* son tan heterogéneos y prácticamente desclasados, es un personal que he llamado personal de escritorio (políticos, funcionarios y pequeños ilustrados) los llamados al quehacer, más que de articular, de coordinar en el MPL a los sectores populares. Son lo que llamo *los promotores del gaitanismo*, secundados por mandos medios provinciales y locales de extracción liberal.

Son los políticos y pequeños ilustrados que intentan ahora dejar de ser lo que siempre habían sido en la historia política del país: personal orgánico de las dirigencias ricas liberal y conservadora, de lo que ellos llaman ahora las «oligarquías».

¿Cómo pueden reivindicar su independencia de aquellas, si no son una clase que pueda hegemonizar un proyecto, no solo cultural sino también material, de país alternativo? Pretenden, sin embargo, que pueden hacerlo afirmándose como personal político de un Estado que se promete acrecentado, interventor y, en tal medida, defensor o salvador de los otros, del «pueblo».

Un proyecto de ensanche del Estado, que en nada agrada a las oligarquías, liberales de pensamiento en ambos partidos, civilistas como ningunas otras oligarquías de América Latina, neoliberales en la jerga de hoy siglo XXI, auspiciadoras siempre de un Estado mínimo. Por eso estas dirigencias conservadoras y liberales, temen la alianza de los informales de las «chusmas», con los políticos *gaitanistas*, porque se les crecería el Estado.

Pero finalmente ese personal político no es más que la caja de resonancia de una sola individualidad: Gaitán. Cuando más, de Gaitán y sus amigos del cenáculo íntimo llamada la JEGA, que son las iniciales de Jorge Eliécer Gaitán Ayala.

2. La esperanza truncada

Si me voy a referir al 9 de abril de 1948, no es para detenerme en los hechos, pero no quiero dejar pasar la reacción que pudo suscitar el que se asesinara al mesías-promesa en persona, quien encarnaba el movimiento y hablaba por él, el único que guardaba toda la criptografía para hacerlos visibles en este país.

Él era el verbo, la palabra de todos ellos, representados a sí mismos como «el pueblo», y suprimido él, que hablaba por el pueblo, suprimida por siempre la palabra, no quedaban sino las vías de hecho, con la inherente posibilidad de la violencia, sobre todo si se les pretendía contener con violencia. Tanto más

que los dirigentes *gaitanistas*, incluidos los más importantes, los del estrecho círculo de la JEGA, no tenían aliento propio, estaban habituados a ser solamente, como ya se dijo, la caja de resonancia del caudillo cuya voz ahora se había apagado, caja de resonancia ahora de un silencio eterno. De hecho, ese día del 9 y los siguientes, fueron otros políticos liberales que no eran *gaitanistas*, como Echandía, Carlos Lleras, los que lograron, a su manera, ponerse al frente de la situación provocada por las reacciones callejeras.

Que hubo mucho de espontaneísmo y desmanes en esas reacciones, es cierto; que se mezcló el alcohol y el pillaje, también: lo que brinda elementos a quienes dicen que el *gaitanismo* era solo pasional y vacío de ideas, lo cual es una manera superficial de tratar el problema. Aún más, se hicieron lecturas racistas de esos acontecimientos, como la de Laureano Gómez, quien encontraba en ellos argumentos para alimentar su tesis de la naturaleza salvaje, puramente instintiva, de los colombianos que él llamaba «chusma» o «plebe», es decir, los sectores populares (claro, los que no eran conservadores).

Sin embargo, no hubo solo espontaneísmo y descontrol en las reacciones al asesinato de Gaitán; algunos grados de coordinación tuvo que haber para lograr deponer alcaldes en más de la mitad de los municipios de entonces, y constituir lo que llamaron «Juntas Revolucionarias»; aunque también es cierto que duraron apenas horas o muy pocos días y el gobierno, con ayuda de los dirigentes liberales, recuperó el control y volvió a posesionar alcaldes nombrados por él. Es que una vez tomadas las estaciones de policía en un pueblo, intimidados los conservadores y destituido el alcalde, los insurgentes oscilaban entre los llamamientos a la calma de los liberales «moderados» y la gran expectativa de una toma del poder central por el partido liberal, que nunca se realizó.

En el caso de Barrancabermeja, el alcalde «revolucionario», Rafael Rangel, puesto allí por la Junta del 9 de abril, después de disuelta esa Junta el 13, se escondió en las selvas vecinas de San Vicente de Chucurí y del hoy municipio del Carmen de Chucurí, y allí formó una guerrilla que duró

muchos años y se reprodujo; tres lustros después de fundada, campesinos armados de esa estructura fueron politizados por jóvenes universitarios, románticos, inicialmente liberales del MRL de Alfonso López Michelsen, que a su regreso de Cuba soñaron con replicar en Colombia las hazañas de la Sierra Maestra, y para ello quisieron apoyarse en esa guerrilla liberal: es el ELN que hoy conocemos.

Cuando en 1967 otro partido de izquierda, el Partido Comunista Marxista Leninista PCML empieza a organizar su guerrilla del EPL entre Antioquia y Córdoba, o cuando las FARC en 1970 deciden constituir en el Urabá el Quinto Frente, lo hacen también sobre la base de una tradición guerrillera liberal en esas zonas, que se había iniciado con guerrillas formadas por *gaitanistas* metidos a la selva, perseguidos después del 9 de abril, como las de Pacho Valderrama, Julio Guerra, el capitán Franco y varias más.

Por no hablar de la intrascendente guerrilla de Modesto Ávila en Génova (hoy del Quindío), una de tantas, de la que nadie se acordaría si no fuera porque en ellas se inició un joven de aproximadamente 16 años llamado Pedro Antonio Marín, posteriormente conocido como «Manuel Marulanda Vélez» o «Tirofijo».

Entiéndase bien, no es que en cada caso un grupo de *gaitanistas* forme una guerrilla, esta evolucione y finalmente ellos mismos se conviertan en FARC, ELN o EPL y eso llegue hasta hoy así linealmente. No, por eso prefiero hablar más bien de tradición guerrillera de las zonas, a partir de la cual se conforman las guerrillas de denominación marxista de los años 60. Pero comprendiendo que no se trata de un «*continuum*» sino de procesos con muchos quiebres y discontinuidades.

Las discontinuidades son bastantes:

1. En primer lugar, las revueltas y las llamadas «Juntas Revolucionarias» del 9 de abril fueron hechos urbanos, mientras que las guerrillas posteriores van a ser rurales, preferiblemente localizadas en zonas

selváticas (esto por el mismo hecho de la huida a la selva, de los *gaitanistas* perseguidos).

2. Los núcleos urbanos en donde la intensidad de la revuelta del 9 abril fue mayor no siempre se relaciona luego con las zonas en donde la acción guerrillera va a ser mayor (Bogotá, por ejemplo, no habría de ser escenario de guerrillas), porque son fenómenos de muy distinta naturaleza.
3. Los dirigentes nacionales del *gaitanismo*, los de la JEGA, no van a tener prácticamente que ver con las guerrillas que se organizan, y cuando las guerrillas dispersas empiezan a tener alguna coordinación a nivel del país, los políticos que van a estar al frente serán los del liberalismo tradicional, muy distantes de Gaitán, como Carlos Lleras. Eso tiene relación con lo que mencioné antes, de la transmutación de la energía agitada por la movilización populista, en vendettas faccionales partidistas; de los circuitos cambiantes entre «lo social» y «lo político», según los períodos.
4. En la composición de las guerrillas liberales, pronto se incorporan a ellas o son reclutados muchos muchachos entre los 14 y los 22 años; por su edad no eran *gaitanistas* y varios ni siquiera tenían uso de razón para ser impactados por la oratoria de Gaitán en la campaña de 1945 o no habían nacido; entran a la guerrilla muchas veces para vengar el asesinato de un familiar, él sí *gaitanista*, perpetrado por los *chulavitas*.

Entonces la respuesta a la pregunta por la relación entre las esperanzas mesiánicas frustradas y la violencia organizada en las guerrillas, no es simple y meramente biográfica; necesita incluir una serie de mediaciones y de disrupciones si es que se reconocen los nexos.

Mas bien me parece que es en dos dimensiones de fondo, de la idiosincrasia del Estado y la idiosincrasia de esta sociedad nuestra, en donde puede con más densidad, establecerse la

relación del *gaitanismo* y las guerrillas: una dimensión del orden político-cultural y otra del orden político-institucional.

1. En el plano político-cultural, en el sentido de que inmensos sectores de población que se movilizaron en el *gaitanismo* vieron frustrada definitivamente la posibilidad de ser visibles, de su derecho a la ciudadanía, de ocupar algún lugar en la escena política, vieron la imposibilidad de que ese tipo de sociedad y de Estado se lo permitiera en este país. La gran frustración entonces está detrás del convencimiento, mas bien intuitivo, de que todo eso solo podrían lograrlo al hacer parte de una organización armada –llámese guerrilla o «banda criminal»–, que en cualquier forma pondría en jaque a esa sociedad y a ese Estado. En el caso de las FARC, es la base de lo que Pécaut llama su «ethos ruralista».

Lo más parecido en Suramérica a esa experiencia frustrante del *gaitanismo* puede ser lo acaecido en el Perú en los años 60. Allí el APRA [Alianza Popular Revolucionaria Americana] que por casi cuarenta años había mantenido como una promesa vigente, también mesiánica y reformista como el *gaitanismo*, posiblemente más mística, quiso ser llevada a hechos de Estado por un grupo de militares proclamados progresistas, con Velasco Alvarado. Se hizo entonces reforma agraria, al menos más efectiva que la de nuestros inocuos intentos de los años 60. Pues bien, en un área donde esa reforma no se dio como en otras, el departamento de Ayacucho, los campesinos e indígenas empezaron luego a apoyar una organización guerrillera que, mientras en Ayacucho contaba con respaldo, en la capital Lima era repudiada y respondía al repudio con actos de índole «terrorista» en el estricto sentido de la palabra.

Dejo a los lectores la reflexión sobre si ese tipo de motivaciones puede seguir hoy alimentando o no la incorporación de guerreros a grupos armados que, aunque pobres en discurso político, programático, pueden ser los espacios donde los excluidos de siempre piensen que pueden hacerse valer.

2. En el plano político-institucional, en el sentido de que la criminalización de la oposición *gaitanista* después de los hechos del 9 de abril mostró también la imposibilidad de la justicia institucional si las víctimas eran de la oposición: en otras palabras, el tema de la impunidad como generadora de la violencia. A las víctimas les parecía que, ante esa impunidad institucional, no les quedaba otro camino que la venganza por las propias manos, para consumir lo cual se incorporaban a las guerrillas. Un testimonio que recogí en una de las investigaciones es muy diciente: un hermano del guerrillero alias «Despiste» me contaba por qué sus hermanos habían ingresado a la guerrilla. Siendo ellos aún niños, el padre, antiguo *gaitanista*, comenzó a ser instigado en la vereda por los *chulavitas*. Varias veces debió esconderse, dormir en el cafetal. Un día decidió partir, con algún dinero ahorrado de los jornales aunque sin vender el predio, en espera de retornar. Los niños, que marchaban delante, observaron que el padre se apartaba del camino y se ocultaba en el cafetal. Al cabo de un largo rato de desazón, oyeron disparos adentro del cafetal y, al internarse para buscar los rastros, tropezaron con el cadáver del papá. Bajaron entonces al puesto de tropas cercano a poner el denuncia. El teniente del puesto simplemente les preguntó a qué partido pertenecía su padre y, oyendo que al liberal, dijo a los niños: «¿Cachiporro? Que se lo traguen los chulos». El testigo comenta que en aquel momento su hermanito mayor de 13 o 14 años, el futuro alias «Despiste», juró hacer la justicia por su cuenta; se prometió repetir en los verdugos las vejaciones que, según las cicatrices que el cadáver mostraba, habría sufrido su padre antes de morir; y así fue que planeó torturar uno a uno de los sospechosos autores del homicidio. Como esa empresa le exigía sustraerse al alcance de las fuerzas del gobierno por un largo tiempo, se integró a la guerrilla que merodeaba en la zona. Consumadas las venganzas, ya no le fue posible reincorporarse a la vida civil, reseñado como estaba de múltiples homicidios sobre víctimas del partido conservador.

3. El camino escogido para recuperar el orden

Trataremos aquí de entender ese actor tantas veces nombrado, sobre todo en Boyacá, y que también se ha mistificado -como demonio-, los *chulavitas*, como si su accionar solo se explicara a partir de sí mismo, de una supuesta maldad absoluta e intrínseca.

Pero los *chulavitas* no son más que otro actor en esa dinámica -que se vuelve cada vez más violenta- de la política nacional.

Como ya mencioné, la dirigencia económica y política de los dos partidos, esa que Gaitán llamaba en la campaña de 1945 «la *oligarquía*», se preciaba dentro del país y especialmente hacia fuera, de ser «civilista»: la democracia más estable de América Latina, seguimos diciendo hoy, aunque con mucha violencia. Nada más lejos de los regímenes militaristas que después pelecharían en el sur del continente, auspiciados por Estados Unidos.

El Presidente Ospina Pérez que tuvo que enfrentar los levantamientos del 9 de abril, la hecatombe, era el más idóneo exponente de esa oligarquía [estoy utilizando conscientemente el término de los *gaitanistas*: oligarquía] y actúa en consecuencia.

Más de la mitad de municipios con alcaldes depuestos por los insurgentes, la capital del país con varios edificios ardiendo, los tranvías volcados, la multitud marchando hacia Palacio a tomarse el gobierno, la policía de Bogotá sublevada de parte de ellos: cualquiera diría el desorden máximo, el país descuadrándose.

El Presidente Ospina, sin embargo, ante la hecatombe, no militariza el país, no cierra el Congreso, de mayorías *gaitanistas*, como presionaban muchos dentro de su partido conservador (solo lo cerrará al final de su gobierno, ya solitario y acorralado por el grupo de Laureano Gómez); no nombra un gabinete de militares, como también le propusieron; no

decreta censura de prensa; restringe puntualmente la acción del Ejército a Bogotá, en donde no podría esperarse menos que sacar los tanques para detener las multitudes que con la policía y armados de machetes marchaban hacia Palacio. De hecho, aunque hubiera querido, el Ejército no hubiera podido contener los amotinamientos de casi 700 municipios, un Ejército pequeño y pobre, que nunca se había pensado protagónico dentro de esa concepción civilista de la oligarquía, defensora de un Estado mínimo (precursoramente neoliberal, podríamos decir hoy).

Entonces ¿cómo afrontó Ospina Pérez el desafío de la hecatombe?

Para resumir un complejo de estrategias en una situación tan difícil, diríamos que de dos maneras combinadas, una inmediata y otra mediata, ambas acudiendo a los partidos políticos, como la más rancia democracia liberal que se apoya en los partidos cuyo origen remonta a la Revolución Francesa:

1. Una, de manera inmediata, proponiendo al partido liberal, que era la oposición y era el propio gestor de los levantamientos en la medida que estaba hasta ese día dominado por los *gaitanistas*, compartir el gobierno a todos los niveles, nacional, departamental y municipal: a cambio de que los jefes (que súbitamente volvieron a ser desde el 9 de abril los de antes, desplazados los *gaitanistas* puros una vez muerto Gaitán), de que los jefes persuadieran a todas las llamadas Juntas Revolucionarias de los municipios a disolverse y a devolver el gobierno municipal a los cauces institucionales.
2. Dos, una vez logrado lo anterior, dar carta blanca a su propio partido, el conservador, para que organizara gradualmente la defensa de la institucionalidad, que ese partido entendió debía hacerlo amenazando, cada vez más agrediendo y luego matando, a los miembros de la agrupación política que había promovido los desórdenes, a los que llamaban «nueveabrileños»,

«chusmeros», «cachiporros». El Presidente Ospina le deja entonces esa tarea a su partido, con un jefe muy diligente y calculador a la cabeza, el ingeniero político Laureano Gómez, que organiza de manera milimétrica y piramidal la acometida; una acometida que va desde la cúpula del Directorio Nacional Conservador que él preside hasta los directorios municipales y veredales.

Esta trascendental labor, a largo plazo, del partido conservador, combinó varios recursos:

El más cercano a las formas institucionales fue proveer de conservadores fervientes, de confianza, las filas de la Policía, después de nacionalizarla. Como hasta el 9 de abril en buena parte de su nivel nacional esa Policía era liberal (porque provenía de los anteriores gobiernos), y el liberal era ahora el partido de oposición, y como la de Bogotá se puso toda del lado de los amotinados, hubo que despedir masivamente a los liberales y remplazarlos con personal de confianza que el director de la Policía, el coronel Torres Durán, reclutó de su zona de influencia gamonal de Boyacá, sobre todo del municipio de Boavita, entre los cuales los más aguerridos fueron los campesinos de la vereda de Chulavita.

Pero la Policía sola se pensaba que no daba abasto para esta tarea de recuperación del orden, sometiendo a los reales o virtuales revoltosos de la oposición: era insuficiente, tanto por su número de efectivos como por los austeros presupuestos de gastos que se le asignaba dada la relativa pobreza del fisco nacional y la mentalidad prevaleciente de Estado mínimo. Entonces se alentaron las comisiones *mixtas* de policías con civiles voluntarios, entendiéndose por voluntario al civil de confianza, o sea del partido conservador.

Finalmente se dio carta banca a todos los civiles que quisieran colaborar en esta cruzada de «defensa de las instituciones», pero por fuera de las instituciones, siempre que lo hicieran coordinadamente con los Directorios Departamentales, Municipales y veredales del partido conservador.

A través de los directorios llegaban armas y se repartían, como llegaron hasta hace poco a través de las Convivir en Antioquia y Córdoba; a través de los directorios se hacían también las listas de liberales para «boletear». Por eso creció la fama de Laureano Gómez, el presidente del Directorio Nacional Conservador durante el gobierno de Ospina Pérez y por ratos su Ministro, en quien terminaba la pirámide de esta gran organización civil, no militar, aunque armada en defensa del orden.

En otras palabras, esto es la defensa del orden a través de la vía privada, a merced de los poderes fácticos de gamonales y caciques en las regiones, aunque con una coordinación suprarregional, no de las jurisdicciones del Estado sino de la organización de un partido, con poderes de vida y de muerte al arbitrio de la voluntad de personas, sin las limitantes constitucionales y legales que imponen las vías de la institucionalidad. Por eso se mantenía incólume el sistema formal democrático y a la vez era incontenible la espiral de la violencia. ¿Hemos acaso superado ya hoy esa vía para-institucional de defensa del orden?

4. Conclusión

Muchas cosas han cambiado de 1948 a 2016 y no podemos forzar los hechos para alimentar la idea de que lo de hoy es la última versión de lo mismo, de un *continuum* que se haya desplegado a lo largo de más de sesenta años. Eso es imposible de pensar, por la serie de discontinuidades y de quiebres que cualquier investigación empírica evidencia. Pero caben preguntas de fondo sobre la exclusión, sobre el «ninguneo», sobre la gran frustración, sobre la amargura que ronda por el campo colombiano, sobre las posibilidades reales de ciudadanía de toda la gente, sobre la impunidad y la invisibilidad de las víctimas, sobre las formas no institucionales de pretender recuperar la institucionalidad, que no sabemos si es que todavía no se han resuelto, o si es que muchas coincidencias o la falta de memoria nos las hacen volver y volver a repetir.

Ronda de preguntas

Javier Guerrero: Aclaro que no se trata de decir que en 1948 se iniciaron sesenta y ocho años de conflicto homogéneo y continuo, esas continuidades están muy bien estudiadas, hay una periodización y debate sobre la periodización de estos títulos, pero lo que queda claro es que en la misma conferencia quedan unas líneas de continuidad muy marcadas, muy fuertes, muy bien estudiadas, con muchas seriedad y juicio.

También tengo la sensación de que hay una mala suerte en el caso colombiano para que se rompan esos ciclos; lo primero que veo es que a la construcción de ese organismo piramidal, a ello le atribuyo mucho lo que es el segundo genocidio político. Son tres genocidios políticos en el siglo XX, eso lo hemos trabajado en un libro que lo editamos con Olga Acuña, que se llama: «Para reescribir el siglo XX: memoria, insurgencia, paramilitarismo y narcotráfico». De alguna forma las distorsiones de la violencia tienen que ver con esas violencias liberales de la década del 30 que también podía tener la continuidad en la para-institucionalidad: las policías cívicas del 30 en el gobierno de Olaya, desmontadas por López pero no del todo, porque tienen muchas inercias, va a ser importante para luego la venganza de los conservadores hacia los liberales. O sea, la violencia de los treinta, la denuncia de Laureano Gómez sobre que hay 6.000 muertes conservadoras de los dos anteriores gobiernos es muy importante, para no dejarla pasar en vano. Puede ser que Laureano Gómez manipule las cifras, exagere, pero es evidente la impunidad. De un lado la violencia liberal también muy similar en algunos mecanismos y en unos repertorios de instrumentación de la violencia; la otra es las venganzas mutuas entre las dos facciones del partido conservador, la herencia de los Leopardos y de Alzate como otra facción del modernismo reaccionario que se pliega a las otras.

Al intento de golpe de Laureano Gómez el 9 de abril, que ha sido poco estudiado y que se está tratando de trabajar, hay que darle importancia. En la noche del 9 de abril, no los liberales sino Laureano Gómez da un golpe de Estado. Reúne

a los militares en el Ministerio de Guerra y se los manda al Presidente Ospina para que conformen una junta militar, pero esa habilidad impresionante de Ospina, esa tranquilidad, les desbarata la coartada y les saca el secreto de que fue Laureano Gómez el que los mandó. ¿Quién es el que se aparece años después, en 1953, con Rojas Pinilla a tumbar al Presidente Laureano Gómez? Rojas Pinilla es el pupilo de Ospina Pérez, el pacificador del Valle, el creador del ‘cóndor’, que es el modelo privado del partido conservador en armas para hacer listas de sentenciados liberales. Hablamos ni más ni menos que de los ‘pájaros’ que Carlos Miguel Ortiz ha estudiado en el Quindío y Darío Betancur en el Valle del Cauca. La figura del ‘pájaro’ creo que se ha difundido solo en el Valle del Cauca por la novela de Gustavo Álvarez Gardeazábal y la excelente película de Francisco Norden, pero creo que ‘los pájaros’ son una creatura institucional que hoy podría equivaler al paramilitarismo.

Finalmente el fraccionamiento de las élites va a ser muy importante, no solo liberales y conservadores, es la división al interior del partido conservador, la rivalidad de sus líderes y las venganzas mutuas entre los liderazgos tanto del liberalismo como del conservatismo. No se olvide que el partido liberal se vengó de Gaitán por haber dividido al partido liberal en 1946. El episodio de Tuluá, la lista de los 18, quedó claro que el partido liberal oficial propició y se quedó callado, y ayudó en muchos lugares a hacer listas de *gaitanistas* para su aniquilamiento, entonces los 300.000 muertos del segundo genocidio político que sería el del *gaitanismo* tienen mucho que ver con las rivalidades al interior del partido liberal, pero también al interior del partido conservador, ¿Cómo interpretar esas dimensiones: el fraccionamiento de las élites?

Carlos Miguel Ortiz: Estoy de acuerdo. Javier puede desarrollar más temas porque los ha estudiado mucho y los ha documentado, como por ejemplo eso que apenas mencioné acerca de la presión sobre el oligarca de pensamiento liberal civilista que era Ospina; la presión tan fuerte del otro líder, Laureano Gómez, que no provenía del ámbito del poder económico, que no era lo que Gaitán llamaba la oligarquía en el sentido económico, sino que había ascendido fulgurantemente

y brillantemente por la vía que aquí hemos llamado la inflación de la política, por la vía de la retórica, el discurso del odio, que era una carta importante, pero también la de la defensa de la tradición de la cultura occidental cristiana, en sus propias palabras. Es muy interesante estudiar incluso de manera anecdótica toda esa puja. Finalmente Laureano Gómez le gana a Ospina el forcejeo, tanto que en los últimos meses de Ospina ya se impone lo que dice Laureano Gómez, o sea ahí sí ya cierra el Congreso, decreta censura a la prensa, pues ya es Laureano el que *de facto* está al mando. Por eso se adelantan las elecciones para noviembre de 1949, cuando normalmente debían celebrarse en abril-mayo de 1950, y se presenta un único candidato, el mismo Laureano Gómez, quien finalmente desde antes, era quien imponía todo.

Hay dos concepciones evidentemente de país, con un mismo partido, a la sombra de un mismo partido, o sea el pensamiento liberal, las oligarquías económicas, que a Ospina lo extrajeron de allá, él no tenía antecedentes políticos, vino de la presidencia de la Federación de cafeteros, muy bipartidista, se dice que el Frente Nacional después calmó la violencia, consideró que sí, tremendamente bajo la violencia, fue la reproducción del modelo que había en la Federación de cafeteros y que Ospina siempre había implementado, liberal-conservador, bipartidismo que lo llevó al gobierno, él tuvo varios periodos de unión nacional de liberales con conservadores, se había tenido, se había roto, después el 9 de abril en semejante hecatombe, en vez de hacer lo que Laureano Gómez decía, solo el partido conservador controlando porque los otros son los revoltosos, los revolucionarios, los que incendiaron. Él los llama, la salida es vengan a trabajar conmigo, *miti-miti*. Dos modelos completamente distintos, que siempre estuvieron, que va a parar al proyecto de Laureano Gómez en calidad de presidente así sea titular y retirado por su enfermedad y estaba Urdaneta, que es en mi estimación el proyecto que lo tumba, que es el proyecto de una constitución franquista, el proyecto de una reforma de la constitución a fondo, cambio de la constitución, con una constituyente nombrada a dedo por él, nombra para redactarla a Luis Ignacio Andrade, que después se arrepiente de ese hecho y se va de cura claretiano al final

de sus días. Esa constituyente se iba a instalar el 14 o el 15 de junio, pues el 13 lo tumban los dos directorios de los dos partidos liberal y conservador y a la cabeza del conservador Mariano Ospina Pérez. Igualmente tumba al presidente de su propio gobierno e improvisa rápido al pupilo de Ospina para que mantuviera ahí mientras convocaba a elecciones el gobierno como presidente un general con mucho carisma y muy bien relacionado en Washington, porque había estado en la Junta Interamericana de Defensa en Washington el general Rojas Pinilla de Boyacá; fíjense todo el camino de eso, va todo hasta llegar.

Hay que profundizar esas diferencias tan grandes es lo que quiere plantear Javier dentro del partido, y las relaciones con la violencia, porque mientras Ospina dice mantengamos la democracia, el juego, la democracia liberal de los partidos, pero sé que estoy en crisis y que el fuerte y el poderoso es Laureano Gómez, no le acepto en la institución sus propuestas o sea militares, pero fuera de la institución lo dejo actuar para que el partido salve esto, porque como institucionalmente no se puede, que el partido salve, dejémoslo que él actúe y él sabe cómo actuar en el partido: repartiendo armas para que maten liberales, en fin. Hay dos modelos ahí, y él acepta ese apoyo, pero después cuando Laureano Gómez está en el poder viene un rifirrafe entre él y Ospina, y le dice Laureano: —mire es que si no es por mí, ustedes lo hubieran tumbado—, y entonces Ospina revira, y se acrece otra vez la pelea entre ellos dos, eso va y viene.

Frente a la violencia también hay paradojas, o sea los del grupo fascista que se pensaría que van a ser los más violentos de todos, los Leopardos y Alzate Avendaño, después van a ser los que plantean acabar con la violencia no perseguir a los liberales y van a apoyar a Rojas Pinilla, por ejemplo Alzate. [**Javier Guerrero:** Eso viene desde Pearl Harbor, rompen con el naciismo y con el fascismo; en el bombardeo de Pearl Harbor van a la embajada americana y adhieren a los aliados]. Por eso es tan importante ese trabajo documental, porque se juega con los esquemas, entonces lo reduce y dice estos fueron simpatizantes del fascismo, sobre todo de Mussolini

más que todo, esquemáticamente se piensa estos van a ser los más violentos, y se encuentran cosas al revés de lo que se pensaría y solo se encuentran haciendo un trabajo juicioso como el que hace Javier en los archivos, yendo y viendo en las fuentes. Es muy importante lo que recalca Javier de la diferencia de fracciones y de cómo juegan como modelo de país y como juegan en esa pelea de la violencia en ese lado y en el otro lado los liberales, los *gaitanistas* son los que reaccionan, pero los que se ponen al frente para dialogar con Ospina son los otros liberales los que vienen de atrás, pero ya Gaitán ya se había inscrito en esa corriente secular del liberalismo de las tradiciones de Benjamín Herrera y de Uribe Uribe, etc., entonces por eso les queda fácil a los dirigentes tradicionales, oficialistas, los que están más en la maquinaria tradicional electoral, como el pupilo de Eduardo Santos que es Carlos Lleras Restrepo, ponerse al frente, así hubiera sido enemigo de Gaitán, sin embargo es él quien se pone al frente, el orador del día del entierro el 20 de abril, es el que hace la gran oración fúnebre; y empieza a ponerse al frente de los *gaitanistas* con ese gran discurso lamentando la muerte de Gaitán.

Olga Yanet Acuña: Esta intervención suscita una reflexión sustancial a un tema específico que nunca hemos comprendido, la importancia del 9 de abril en términos de las transformaciones políticas, sociales, ideológicas e incluso de la práctica política, me refiero a la forma misma de hacer política, a la forma como los actores sociales asumieron el protagonismo para formar un régimen y tomar posición frente al adversario, frente a sí mismos y frente al régimen político, ahora con las complejidades que plantea Carlos Ortiz frente a la burocracia, a la institucionalidad y al papel de los líderes políticos que están ligados también a las élites. Esto suscita una gran reflexión, incluso retomar estos temas porque efectivamente parece un tema ya lo suficientemente trabajado, estudiado y que en apariencia no tenía más que plantearse. Sin embargo, Carlos Ortiz nos revive y nos motiva a analizar las complejidades del fenómeno, incluso a preguntarnos por los aspectos regionales, porque por ejemplo, algunas poblaciones como Cali y Barrancabermeja, para situar solamente esas, asumen un protagonismo del pueblo mientras que hay otras

con una noción más conservadora, más radical, el mismo caso de Tunja incluso, que trae gente de todas partes no solamente de Boavita, sino de varias poblaciones boyacenses para reforzar los esquemas de seguridad y para reforzar el gobierno.

La pregunta central es ¿Cómo se transforma en términos prácticos, en términos políticos y en términos ideológicos la conciencia política en la sociedad colombiana? Después del 9 de abril no puede verse con tradicionalismo, creo que hay elementos que llevan a analizar otros esquemas y otros momentos en la historia del país, pero el 9 de abril es precursor en la construcción de un nuevo país, de una nueva sociedad e incluso hay elementos que vemos con vigencia pero con características que justamente Carlos Ortiz ha planteado ¿Qué prácticas y procesos perviven en la sociedad colombiana?

Carlos Miguel Ortiz: Es muy importante, porque se puede ver como modernización, entramos en unos movimientos o partidos nuevos en América Latina que no fue solamente en el país, el peronismo en Argentina, que logra llevar a Perón por varios años a la presidencia y el APRA en el Perú que es más efímero, pero que también tiene su palomita, pero que después queda como una expectativa que ya no llega en la fase de Haya de la Torre del APRA, por no hablar de uno de menos protagónico, de menos peso a nivel continental pero que también es importante con Rómulo Betancur en Venezuela, hay más fenómenos de estos, movimientos que después los sociólogos lo van a estudiar y le van a poner la categoría de populismo, que tiene unas características, pero que son de todas maneras populismos bastante distintos con caracteres de nacionalismo, de apoyarse mucho en la categoría heterogénea de pueblo, de plantear unas reivindicaciones de lo social, que no se reducen ya a lo partidista, por lo menos lo partidista que venía del siglo XIX, son cosas parecidas que no solamente pasan en Colombia. Ahora lo que sí es muy de Colombia es que termina en un magnicidio, lo cual no sucede en Argentina, ni en Perú, ni en Venezuela y que ese magnicidio desencadena esto que estamos diciendo.

Por una parte entramos en esos nuevos movimientos que no existían en América, e incluso no existían en el mundo, los sociólogos acuñan la categoría es aquí con esos movimientos en América Latina, la sociología mundial. Pero en determinado momento cogemos para otro lado, o sea, el populismo ni lleva al poder como Perón, tal vez lo más cercano sería el Perú, pero la frustración del Perú que no tiene un largo manejo gubernamental por parte del APRA; no es igual al que representaba todas las expectativas del pueblo y entonces la gente queda flotando en la gran frustración. Hay una relación parecida, porque después los militares recogían esas banderas, y el departamento que no entra en eso de los militares es el que va a poyar un movimiento terrorista como el de Abimael Guzmán, hay ahí un parecido de la gran frustración que hay debajo, pero no a nivel de todo un país como nos pasó a los colombianos.

Olga Yanet Acuña: En el plano que Carlos Ortiz lo coloca pareciera que aquí hubo una experiencia, justamente lo que ocurre desde mi punto de vista es un fracaso, en el sentido que el único que resultaría como heredero es Rojas Pinilla, César Ayala lo ha planteado en otras oportunidades, que desde nuestro punto de vista es el más reaccionario de los populistas de América Latina e incluso de la política colombiana, y resulta recogiendo todo ese movimiento social que plantea un cambio, que plantea mejoras en sus condiciones de vida, ¿Cómo contraponemos en la historia colombiana esa reflexión? de un movimiento que está planteando un grupo de actores sociales que son campesinos, trabajadores, artesanos que son seguidores de Gaitán y que son recogidos por otro personaje de otra tendencia que llega a hablar de un discurso más o menos con reivindicación social ¿Cómo explicamos ese fenómeno en Colombia? ¿Cómo explicaríamos si podemos hablar de un fracaso de este movimiento de masas que se da con Gaitán o si hay otro tipo de estudio diferente al de Ayala?

Carlos Miguel Ortiz: En Colombia quien ha estudiado a Alzate y a Rojas Pinilla es César Ayala, lo ha estudiado bastante a fondo. Javier podría decir mucho porque ha trabajado mucho esos archivos, al igual que Olga. Estamos

esperando la otra versión, la de Javier para poder tener otra. Porque hasta ahora el que se ha metido a fondo y que ha evolucionado desde los primeros trabajos es César Ayala, habría que ver eso a la luz de la literatura internacional sobre el populismo para poder contestar, si dentro del debate del populismo, lo de César Ayala replantea, confirma o lleva a otro lado el debate clásico sobre los populismos.

Javier Guerrero: Me gusta más la reflexión de Marcos Palacios sobre el populismo, parece más centrado en el populismo después de la Guerra Mundial, porque se nos ha olvidado una dimensión que es la que plantea el 9 de abril y las grandes potencias, el libro de Gonzalo con todos estos investigadores, que es que realmente a nosotros lo que nos marcó en el 48 fue la Guerra Fría, sobre todo, Laureano coincide mucho en la era del *macartismo*, su gobierno es concomitante con el *macartismo* con el núcleo duro de esta etapa tan radical de la derecha norteamericana y sobre todo que Rojas Pinilla en 1946 a 1953 se da no por el golpe militar, sino por la creciente radicalización del pensamiento conservador, la radicalización conservadora para configurar un orden, de la revolución al orden nuevo es una excelente justificación de la violencia por parte de los conservadores. Al respecto se cita el texto de Azula Barrera, que es un ideólogo del fascismo colombiano, y plantea una versión de nuestra versión fascista, mientras que Laureano Gómez es un gran receptor de toda esa visión del franquismo y de restaurar un orden nuevo.

Esta es una reacción contra la Revolución en Marcha. El mito de la Revolución en Marcha, que fue un mito porque fue tan corta en sus alcances, Laureano Gómez es reacción contra esa revolución, una revolución que hubo desde los liberales y es tan perfecta la hipótesis que cada vez que se lee el basilisco, es una paranoia total frente al liberalismo y comunismo. Además los debates que hace sobre la masonería, judaísmo y sobre todo, lo que la derecha está debatiendo en el mundo, sobre todo el fascismo. Laureano lo trae intacto en los debates parlamentarios hasta el protestantismo y lo convierte en enemigo al que hay que combatir, es una cosa muy paranoica y patológica. El grave problema de Colombia es que llega al

poder y se fortalece una variante de la derecha colombiana supremamente patológica, sin querer *patologizar* la política, pero no hubo en América Latina con tanto poder una versión de la derecha tan exagerada, tan caricaturesca, un año antes de llegar al poder es que perfecciona el Basilisco como el mito del partido liberal, es un párrafo que sintetiza toda una versión paranoica de la alianza: judaísmo, masonería, comunismo, todo en una sola masa amorfa que es como él lo define. Hoy se ve algo parecido a eso: el *castrochavismo* de Santos, es una versión patológica de la política, una cuestión mitológica, hoy no es tan patológica pero en ese entonces se ve una profunda exageración caricaturesca y con un poder de disfunción y de acción política impresionante que lleva a odiar al otro hasta matarlo, a descuartizarlo, no solo matarlo físicamente, sino torturarlo y desmembrarlo por ejemeplo con el corte franela, hacer todo lo que se hizo con el enemigo, con el otro.

María Victoria Uribe ha tratado de mirar esa patología en las masacres. No entiendo cómo se puede racionalmente llevar ese discurso a la práctica, llama mucho la atención la caracterización que hace Carlos Miguel Ortiz sobre el pueblo y cómo el analfabetismo fue uno de los elementos culturales sobre los cuales cabalgó tanto Gaitán, porque Gaitán lo dice: –voy con mi palabra viva por todos los pueblos de Colombia–, porque Colombia es un país de analfabetos; los sectores más radicales del conservatismo también cabalgan sobre la ignorancia del pueblo y sobre el analfabetismo, no se equivoca Collier con su base de datos de las doscientas guerras después de la Guerra Mundial; porque donde ha habido guerra es porque hay grandes déficits de educación, de alfabetización y de calidad de la educación. Solo pueblos profundamente ignorantes pueden ser manipulados, pero eso no puede ser cierto, porque no había un pueblo más culto que el alemán y mire lo que hizo.

[Intervención del auditorio] dentro de su exposición menciona que a la muerte de Gaitán les frustraron sus derechos a ser visibles y que después de eso acontecen una serie de fenómenos que dentro del imaginario colectivo van a mantener alguna relación con las guerrillas, si se toma al

gaitanismo vivo como un escudo y una lanza en el aparato vivo, cuando muere Gaitán, porque estos grupos [las primeras guerrillas] se adquieren esa simbología del escudo del *gaitanismo* para defender el actuar que estaban cometiendo en el país y acrecentar sus actividades que posteriormente van a ser narrados como procesos de violencia. ¿Por qué estos grupos toman la simbología del *gaitanismo* como el escudo para defender sus actos ante el gobierno y la misma población civil?

[Intervención del auditorio] Pensando en las discontinuidades que hay respecto del *gaitanismo* de la forma como ha impactado a la nación, al inicio de la charla usted menciona que hay que conmemorar la fecha en honor a las víctimas, muchas conmemoraciones se hacen en Colombia, una de esas conmemoraciones fue la del billete de mil pesos que se realizó a Gaitán [—Gaitán vale mil y Lleras Restrepo vale cien mil—, Carlos Ortiz]. Sería posible que realizara un comentario de la escogencia de Gaitán para el billete de mil pesos; lo segundo es que si la violencia como la presentó fue el resultado de una serie de venganzas que empezaron a gestar jovencitos como usted lo dijo, niños que tal vez querían vengar el asesinato a sus familiares, podríamos afirmar entonces que la violencia en realidad no tiene un origen ideológico en Colombia y lo que se ha venido gestando es una violencia de siete cabezas que es muy difícil de aplacar.

Carlos Miguel Ortiz: ¿Por qué los grupos armados toman a Gaitán como escudo? Eso habla por una parte del impacto del personaje, que en toda esta trayectoria de años, realmente, quizá ninguno como él, haya generado tanta efervescencia política, sin que sea él la explicación como mencioné al inicio de la conferencia, él mismo es un producto del proceso, el proceso lo hace a él y claro tiene todos los carismas, el olfato para percibir lo que hay, y saber su público, porque les habla a ellos: a los ninguneados, a los informales, porque ya López le había dado ciudadanía a los trabajadores, ese grupo ya no le interesaba tanto a Gaitán, de hecho Gaitán tuvo desavenencias con los sindicatos y en la huelga del 13 de mayo de 1947 dijo: —el paro era justo pero ilegal—. Porque a él le interesaba toda esa

gente ex-campesina que no ha podido ser mano de obra y ese era su auditorio y eso era olfato de él, intuitivo, eso fue como producto de todo ese proceso, también lo posicionó, como quien puede desatar una efervescencia que ningún otro ha desatado, si acaso Laureano Gómez, por el otro lado, en contra.

Esas personas perviven mucho en la memoria, que se transmite de generación y más cuando hay de por medio cosas afectivas o hay de por medio asesinatos por ser *gaitanistas*, entonces, los niños que aunque no saben quién es Gaitán, no hay cuestión ideológica, si saben que al papá lo mataron por ser *gaitanista* y por tanto están dispuestos a entrar a una guerrilla a tomar las armas, por unas razones más de fondo: por esas razones institucionales, porque no hay justicia, porque hay impunidad y por razones político-culturales. Hay unas razones de fondo que hacen que biográficamente, aunque ideológicamente no funciona, el niño que no sabe los planes de Gaitán, ni lo ha oído, salvo que en la casa tengan los discos algunos padres o abuelos *gaitanistas*. Pero no es más que todo eso, si se ve en concreto todo el que se enlistó en esa guerrilla liberal no en la otra, ¿Cómo esto llega a la otra? Hable de nombres que se pasaron de la guerrilla liberal y que después fueron de la guerrilla de las FARC, nada menos que *Tirofijo* y era un *gaitanista* más, y creo que nunca aprendió marxismo, ni siquiera cambio su dejo y su fonología campesina de decir «pa' yo», «a yo me gusta» hasta que se murió y cuando evocaba los líderes no decía Marx y Lenin sino que decía Benjamín Herrera y Gaitán. Fue un viejo liberal, muy cruel, muy violador de derechos humanos. En esa guerrilla hay una fuerza campesina y unos intelectuales de la ciudad que van a politizarlos, que en las FARC era clara, era Jacobo Arenas y hacen un dúo, en algunas guerrillas el dúo no resistió, se reventó como en el ELN, entonces ganaron los campesinos y fusilaron a los muchachos de la UIS.